

NO LO CONOZCAS



Mtro. Alfredo Palacios Espinosa
DIRECTOR GENERAL

Lic. Carlos Gutiérrez Villanueva
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Cecilia Romana

NO LO CONOZCAS

© CECILIA ROMANA

CUIDADO EDITORIAL
Dirección de Publicaciones
DISEÑO Y FORMACIÓN ELECTRÓNICA
Mónica Trujillo Ley
CORRECCIÓN DE ESTILO
Juan Alberto Ruiz Bermúdez

PORTADA: *Bisón*. Imagen digital, Mónica Trujillo.

D.R. © 2007 Consejo Estatal para las
Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard
Ángel Albino Corzo No. 2151, fracc. San
Roque, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. C.P.29040.

ISBN: 970-697-203-X
HECHO EN MÉXICO

PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA JAIME SABINES 2006

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LA ARTES DE CHIAPAS

2 0 0 7

Contenido

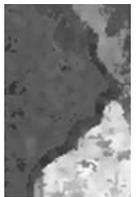
YAGUARÓN	13
NO LO CONOZCAS	23
EL AMOR ES INHUMANO	41
ARROYO VEGA	59

*Este libro es para mis hermanos:
Pitu, Trini, Tere, Fran y Juan*

*No lo conozcas, porque es imposible; pero si por
medio de un pensamiento iluminado lo puedes
conocer, desconócelo.*

ALÓGENES (NHC XI, 3)

Yaguarón



*En estas aguas me bautizaron con nombres y yo
me fui así al camino...*

RAÚL ZURITA

Un puente con aspecto de casa alargada. Fui a esa ciudad a patear las tibias de otras mujeres. Tenía quince años. Leí en los letreros: Yaguarón, pueblo de reconquista, y me senté con mi hermano en un madero a esperar que atardeciera. Un nueve de agosto alcancé el podio. En mi vientre se embolsaron mensajeros en miniatura. Hoy, veintitrés de diciembre, quisiera sentir lo mismo a causa de un hijo: tengo treinta años. Miro el mapa, trazo una línea entre el índice y el pulgar. Hay un río que se angosta y la palabra redondel en mi cabeza dicha de mil formas. Mi cabeza de carne, mi cabeza roja. El dolliop chagui que casi me derriba como un banderín suelto. Barra del arroyo Chuy. Lo que sea que me acerque a Concepción.

Así salgo en la foto: con la espalda erguida y mi hermano al lado. Prefiero ver esa en la que estoy pateando a un metro de altura. Un salto de un metro de altura. Pateo al aire antes de alcanzar aquel celebrado primer puesto: hanna, dool, set, net. Los hombres que hubiera hundido. Pero tenía apenas quince años. Era una manta a orillas del Yaguarón. Dos chicos se sentaron junto a nosotros: ¿Son de acá?, preguntaron. No. Soy del cieno y voy hacia el cieno. Si llueve, huiré a los puentes. Hacia cualquier apéndice que me acerque a Concepción.

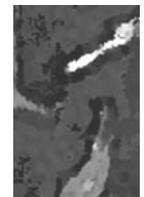
Años entrenando para templar mis cuádriceps. Un competidor me llamó roja. Bajo el tinglado del club éramos un clan, sin embargo, los nombres disgregan cualquier alianza. Reencarné en Yaguarón a causa de su capricho. De ahí en adelante fui roja y fui también la que pateaba hacia atrás con certeza y furia. Hago cuentas: un centímetro igual a un kilómetro. Vaguadas que se abren cuando pienso en su pelo de bisonte. El pelo del que se desbandó a pesar de mis cuádriceps de acero, de mis aductores de plata. Montado en un ómnibus, en ancas de su padre ¿A quién le suplico que no se vaya? Yo, que tengo un nombre que es un pigmento. Yo, que tengo un hermano que solía fotografiarse junto a mí. Trofeos de quince centímetros de alto. Yo tengo la ira de las pelirrojas, la ansiedad de los gatos. Todo, salvo el remo que me acerque a Concepción.

Desciendo la memoria a la altura de su cinturón. Mi cinturón cetrino que disgregaba pretendientes cuando tenía quince años. Filial de Letrán: hanna, dool, set, net. Estoy convirtiéndome en una excursionista. Sentada en canteros junto al hombre del pelo de bisonte. Una noche en la que supe que iba a esfumarse en ancas de su padre. Y también, que las pelirrojas no tenemos potestad sobre cualquier clase de alimaña.

Isla del Tala, Barra del arroyo Chuy: aplico mi dolliop chagui a tus desembocaduras ¿Cuál de los dos asará el cordero? ¿Cuál se olvidará primero de mí? Su padre añora el resplandor de los tizones. Yo lo añoro a causa de mi nombre y de mi condición. Yaguarón: pueblo de púgiles, en tu puente renací como una virgen amoratada. Tenía isquiotibiales de cobre, cordones que guardaba en mi mochila por si brotaba carne de mi carne en un torneo. Hoy, después de quince años, mido entre el índice y el pulgar los kilómetros que faltan para que aparezca un galeón fantasma, un mástil flotante, cualquier objeto que me acerque a Concepción.

En su pelo de bisonte me revuelco como una hembra. Tenía quince años. Él tenía veintiuno, pero nos fue dado el hallazgo apenas dos meses atrás. Lejos de la filial de Letrán, donde la Purísima y Santa Rita de Casia todo lo miden. Mis dedos miden: un centímetro igual a un kilómetro ¿Quién de los dos atizará el fuego? ¿Quién asignará los lugares en la mesa? Dijo: ceno con mi padre, después regreso. Así mi contrincante se desplomó sobre las baldosas de un pueblo púgil y reconquistador. Yaguarón, Punta de Fanfa: competidores que sopesaron mis muslos bajo el dobok impecable. Hombres que pretendieron fotografiarse conmigo. Y él, orador en los umbrales ante el portento tribal de las celebraciones. Él es el hueso de mi vientre. El que no acierta con la herramienta capaz de nivelar el sendero en dirección al brazo, al galeón, al cuerno alado que me acerque a Concepción.

No lo conozcas



*Una muchacha ha de
llamarse con nombres también como todas las
cosas que se llaman...*

RAÚL ZURITA

¿Qué buscaba en mí el del pelo de bisonte? Lo miré en silencio. Una tarde mientras caminaba con el filo entre sus manos. Lo miré como quien mira a los dormidos, y tenía fuego en la cintura. Había otros como él, ocupados en faenas similares, sin embargo, fue el único al que ungué con mi extrañeza. Hoy, después de dos meses, me pregunto: qué buscaba en mí el del pelo de bisonte. Esto oí: hay que observar silenciosamente la forma en que existe la felicidad en silencio. Lo cual significa: conocerse a sí mismo con la vitalidad de una nube. Eso oí, y también, el tañido gemelo de su calzado amarillo, una tarde en la que me sentí estragada y corrí de vuelta a mi casa con la premura de un galgo.

El humo de mi té escala el aire como langosta. Hay otras maneras de que se enfríe un té: en la mesa de uno, por ejemplo, el hombre del pelo de bisonte. El que hurga su nuca con mano de langosta. Yo lo sitié con la vara de mi lengua. Una noche. Mi lengua de carne, mi lengua roja ¿Quién de los dos bruñía un cetro en los canteros? ¿Quién arremolinaba prendas? Olas, dijo mi hermano. Quiere dar con las olas que erigen casas en tu vientre. Pero yo fui la sigilosa, la azorada. La que vio avanzar el humo sobre su antebrazo y se dejó estar, desvalida.

Corto mi saliva como un panal de sal. Hacha tomada de orín. Hacha herrumbrosa. Amaño una cesta blanca con mi saliva ¿Qué buscaba en mí? Sobando el volado de la pollera ¿Qué buscaba en mí el del pelo de bisonte? La noche en que supe que iba a esfumarse junto al plañir de su calzado, en pos de su padre, iba a esfumarse. No soy el entrañable, dijo, y su tendón se irguió como un riel bermejo. Hebra privilegiada para mi cesta, pensé. En los canteros musgosos y tibios de diciembre, pensé: ¿a quién le suplico que no se vaya?

Mi hermano me exhorta: ¡no lo conozcas! Ni a él ni a los gajos que esparció su padre. Hay que guardarse de los forasteros, de las afecciones taimadas. Del que se acongoja con tu pena, porque por dentro lleva la risa. Me voy olvidando del tiempo. Me olvido de las noches. Más me hubiera valido ser cresta de gallo, piedra oscura, pero fui la azorada, la que dio cobijo. Ahora, después de dos meses, las recomendaciones son espuelas de aire ¿Qué buscaba en mí el del pelo de bison-te? La cerbatana de mi corazón. Apéndice ciego, trenza incauta: abnegación, ímpetu y reserva. Las pelirrojas nos educamos en el aura del abandono.

No hables, me pidió mi hermano,
no dejes que lo provechoso salga de tu boca. Hace rato,
entonces, que estoy en silencio.

Me senté a esperar la llegada del otro. Una tarde, después de maniobrar la confianza de mi compañero con el ardor de un maquinista. Atrás quedó la vega de mi casa. Cuando zanjo, a nadie escucho más que a mí. Ahora, después de dos meses, entiendo que no me cuadraba conocerlo. Más me hubiera valido amurallar. Corazón educado en la prisa, estás hendiendo el aire como un ciego. Interno mi pie en los parques. Mi pie que se metió en su boca como una uva de madera ¿Qué buscaba yo? Al otro, al de las piernas de hulla. Pero encontré lo borrascoso, lo opaco, lo que me hubiera convenido no encontrar nunca.

La noche lo vierte como ristra de bastonazos. Hago el sonido de silenciarme. Bar Mercante: surge tu mesa a los empellones. Punta combada, pectoral de hierro: así evoco al del pelo de bisonte. En la discreción de los mozos, en su frente olivácea, el modo de aludirlo abraza la rapiña. Bar Mercante, pasado el mediodía. Me pregunta qué prefiero: prefiero el silencio y los vaticinios. Soy la entrañable, pero seré la sumisa. Sierva de la pena, jineta del abandono. Mastico una estrella en la cama. Enjaulo una estrella entre los aductores. La mido. Así mi silencio se transforma en cifra: habitación veinticuatro, dos semanas atrás. Hoy me abisma la sacudida, pero fue masilla, una tarde, en mi mano su cuerpo fue pasta dócil. Del cieno vengo, pensé. Mientras lo besaba pensé: marcho hacia el cieno con el muslo humedecido.

Suele ponerse nervioso. Suele pasarse la mano por detrás de la nuca y decir: no puedo acompañarte. Manosea una servilleta. Los pulgares son corderos de cráneos transparentes. Así, cada noche, trashuma el cigarrillo como una cantimplora vacía. Podrías perdonarme, dice, esta vez, podrías tratarme como a un extraño. Veo el arco metálico de su puente ¿qué hubieras hecho sin mí la tarde de la feria? Nada más lejos de su intención que contestarme ¿qué hubieras hecho sin mí? Se acaricia el cuello ¿no ves cómo estoy? dice. Sí, veo. Y después: volver a encontrarnos no estaría nada mal.

Mal está acomplejarse, tenerle miedo a los monos trepadores. Volver a encontrarnos no estaría nada mal.

La punta de su zapato es un lanchón polvoriento. En diez minutos estará en su casa y hará el ruido de los solitarios. Suele sentirse enfermo y preguntarse por qué me dejó ir. Camino erguida, desoigo a los oficinistas. Lo imagino a los catorce años: un tórax brillante codeándose con el río.

Todo era más sencillo en la provincia ¿No es cierto que era más sencillo?, digo, aunque no me oiga. Ni un solo libro en su vida, ni una mujer. Ahora, en cambio, estoy yo, las cuentas impagas y ese gato que hay que alimentar cueste lo que cueste.

Corazón: guardate de los solitarios. De los que tienen por dios a su vientre. Yo, que fui roja y fui también la que custodiaba su celibato, te imploro: no te acoples con el que abandonó a su padre. No desbastes tu piedra en esa boca, porque en un bar, una tarde, vas a olvidarte del tiempo. Vas a olvidarte del poema que decía: el redondel significa estar contento. No te empeñes como una quinceañera. Estamos perdidos y todas las puntas viajan hacia nosotros.

Hago la cama ¿te consterna mi sigilo? Abrámosla, entonces. Oí que pensabas abandonarme.

Lancé mi brazo al río. Hace días que no llueve. Aún se ve mi brazo: ladrillo combado ¿sería impropio que te llamara?

Dije: mi hombre tiene el pelo del bisonte,
mi hombre acapara
el afán de los que escriben.
Presté atención a las manos y agregué:
puede enrollar un junco sin quebrarlo.

Mi hombre está ciego. Lo tocan los hurones.
El tiempo lo toca
como un péndulo de látex.

¿Ves esas nubes con la forma de un cuerno?
Me pregunto en qué derivaremos.

Los más dejan su cruz donde la encontraron. Los más no moldean la palabra antes de lanzarla como piedra ¿A quién le suplico que no se vaya? Es que ya se fue. Todo mi amor se adhiere igual que una langosta. Se adhiere a su ausencia como una langosta negra. Él se fue. Hacha tomada de orín: te izaría como una bala sobre mi cabeza.

Mi hombre está rojo igual que un gimnasta. Su barba galopa las fundas del Tritón. Chapotea el agua en la bañera: es uno de los mejores cuartos. Lavarse, pensamos, conviene en estos casos, como abrocharse las botamangas antes de subirse a la bicicleta.

Salimos separados por seguridad. Mi pollera se tuerce en dirección al río.

Estamos en falta. Mi hombre peor que yo. Lo miro alejarse de mí: el puente centellea como un reflector cada vez que sonrío. Toma un taxi. Así se esfuma lo que amo. A eso me refiero cuando digo: es irritable y también dañoso.

¡No creas que va a dejarla!, dicen mis amigas. Me pongo los auriculares, camino erguida. A nadie hago caso. La vocalista se empeña: *although he may not be the boy some girls think of as handsome.*

Peor de infelices los que soltaron su cruz. Yo la sujeto, la chorro de mí. Todo mi amor la almibara. Aquel a quien llamo mío y tiene el pelo igual que los bisontes, es mi cruz. Se fue pero todo mi amor lo almibara. Más me hubiera valido no conocerlo. Ser la escrupulosa, esa tarde en que vi sus pantalones deslizándose como pumas ¿Qué buscaba yo? Al otro, al de las piernas de hulla. Pero encontré mi cruz en su lugar. Brazos de río. Cuello de río. Corazón: ¿cuándo dejarán de echarnos salivazos?

El amor es inhumano



*Nada se llama si uno se
muere. Si uno se marcha qué pasa.
Dónde, dónde se va*

RAÚL ZURITA

¿**No es** muy cara?, pregunto. Él dice: está buena.
Subo los brazos: acróbata buscando sus mancuernas.
Mi camisa cae al suelo como un perdigón vacío. Por ser
la primera vez estoy bastante desinhibida. Sobre el espaldar
nuestra imagen recuerda un film de bajo presupuesto.
A eso quería llegar. La ardilla colorada
se mete en su madriguera. Después de los avisos,
especies en extinción: el bisonte americano.

Su madre tenía mi edad. Se desahoga cuando puede,
él nació en la provincia. Pero no tengo treinta y uno
¿somos alimañas? Arriba, abajo: el repertorio
de pieles de un cazador avezado. Su madre era
un elástico grueso. Yo, en cambio, no sé muy bien cuál
es mi función.

Sale del baño. Desgarra un envase con los dientes.
No dije que fuéramos alimañas, sólo me lo pregunté.
Somos ruines, dice él, aunque no tiene por qué que incluirme,
estoy limpia como una anguila. Segunda parte: la engorrosa
vida en el desierto, la próxima semana ¡Hay más canales
arriba!, digo. Se mete en la bañera. Me llama. Su barba
resplandece como la de un mártir benedictino.

Agarro uno de tus libros. Es como si estuvieras dormido acá en lugar de tus libros. Prefiero llamarte “mi cruz” o “el del pelo grueso” porque sé: tu vida es una cosa cuando estás conmigo y otra muy distinta cuando te vas. Agarro uno de tus libros: la tapa es grotesca. Tampoco me gusta el nombre. Los poemas sí. Todos. Especialmente el que habla de un reparto. El otro, el que está dedicado, también. Más tarde pusiste nombres en cada uno. Eso no quita que sean buenos, que los tenga en mi mano y me saque los lentes para frotarme los ojos y decir: son todos buenos. Hoy casi me corto el pelo. Están tus libros ahí. Más importante eso que pensar si te hubiera molestado que me lo cortara. No. A otros tal vez les molesta, pero vos tenés tu propia cabeza para preocuparte. No quiero conocerla. Ni a ella ni a las demás. Prefiero que pase un poco el tiempo. Que se me pase el emperreamiento. Ah, los poemas de los perros me gustan. Son perfectos para mí que volví a comerme los dedos. Te toqué el mentón ¿te acordás?, y cerraste los ojos. Dejamos la puerta sin llave, pero no te diste cuenta o te hiciste el tonto para ver si yo decía algo. Hoy tengo para decir que volví a agarrar tus libros, en realidad, para saber más de las otras, buscar sus nombres, ver si me sonaban. Volver es volver. Te vas el lunes. Hoy es jueves ¿cuándo volvés? Se está muriendo la perra Juana. Cuando murió la Leni se cortó la luz.

Ojalá pase lo mismo, así no la veo morir, y dejo tus libros en el escritorio, y dejo de pensar en que no llamás. No vas a llamar. Quizás no hablemos nunca más vos y yo, porque uno vuelve cambiado de las vacaciones. Me quedo sola. Todos se van. Ojalá se corte la luz, se apague el ventilador, deje de sonar el teléfono, dejen de entrar mensajes de cualquier persona. Cualquier persona que nunca sos vos.

Este no es mi cuarto. Pero si es por decir: él tampoco es mi hombre. Me refiero a él diciéndole “mi hombre” de la misma forma que llamo mi cuarto al lugar donde duermo. Muchos años dormí en este cuarto, antes de ser una novia que iba a casarse, pero mi verdadero cuarto está en San Telmo, en una casa de techos altísimos donde un viejo con bastón nos persigue y nos guía a mis amigas y a mí. Mi cuarto tiene un placard profundo con una puerta oculta. Ahora está repleto de cajas y ejemplares del National Geographic. Una botella de licor Negrita, camisas cuadrillé, la cama de dos plazas deshecha de un solo lado. Eso recuerdo de mi cuarto. El viejo tiene tiradores y cinturón: o una cosa o la otra, diría mi madre. Le urge mudarse: los ambientes lo escupen, le dan puntapiés. La casa es mía. Voy a poner a mi hombre en ella, y la bailarina de madera que le regalé. Mis amigas dicen: es perfecto, salvo por el olor. El olor se va. El olor se va con el tiempo.

Mi hombre se va. Dejo de llamarlo “el del pelo de bisonte”. Se va ¡no tiene por qué saber cuánto lo protegía! Planeo una cena mientras pienso en el cielo raso del departamento. Habría que invertir un poco de plata. También en el baño, pero los azulejos son originales. Negros. Igual que su pelo, porque él, lo demás, todo él es marrón. Menos los dientes. Menos el puente metálico que alguien le colocó a desgano. Voy a llamarlo de otra manera, entonces, como el personaje de la novela que estoy leyendo. Es taimado, escurridizo y capaz de secarse con la forma de un búho. Yo misma pensé que podía tornerarlo, pero me faltaba torno, se ve, me faltaba paciencia. Ahora es tarde ¡que nos den el crédito para tener algo en qué pensar! Para olvidarme de él y de su puente plateado, húmedo de saliva, brillante como escorpio en febrero, con la luz cortada, en medio de la ciudad. Mi perro lamiéndome las manos.

El amor es inhumano. Me siento una cebra sorbiendo agua en el río. Último mensaje: gracias, parto esta noche. Se subirá a un barco. Quién sabe si con ánimo de volver, aunque no quepa la menor duda. Último mensaje: gracias. Y un signo de admiración que se repite tres veces. Colapsa el sistema, demasiados navegantes ¡Perdone señorita! Yo, caída, en el agua ¿te vas a ir con ella? Gracias, parto esta noche. Etcétera. Etcétera. Todo lo suyo se queda conmigo. El amor es inhumano.

Vine a pensar en ropa. En su suéter gris cuando todos andábamos en musculosa ¿Llevás campera? Se levanta viento, de noche, se levanta la descorazonada. Campera azul con broches dorados. Se levanta la memoria en cualquier momento. Esquivo como es, quiere saber cuánto mi corazón está dispuesto a batallar ¿Te vas con ella? pregunto ¿Le agarrás el codo para embarcar? Suficiente. Cualquiera aguantaría menos. Salvo la hembra que suelo ser. Digo: mi mensajero sabe cuánto hay que perseguirlo. Cuánto más hay que perdonarle.

Es más alto que el resto. Más que el de las piernas de hulla. Más aún que mi novio malversador de aire. Me respondió: uno ochenta y tres, creo. Cuando le pregunté: cuánto, cuánto. Etcétera. Etcétera ¿Cuánto tarda un ferry en cruzar tu metro ochenta y tres? ¿Qué conocen de mí los pasajeros? ¿Saben que no existe otro? Qué importa, al final, la comparación. Nos vieron unas parejas en la plaza ¿alguien más? Ni uno más. En ellos hay que buscar, entonces, mapas arqueológicos. En ellos estoy como cuando sonreía.

Que no se vaya hacia los ojos. Que no arrugue con el puño esto que me hostiga. Mi mano, caída en el agua, cuántas veces intentó incorporarse, como piedra curvaba por la honda, cuántas veces perimetró la habitación de un salto: quiero un teléfono y quiero oír que suene. Cuántas veces arrebujó un cuaderno, soñó despierta, habló en la soledad. Prohibí a mi mano ser cobarde para rendirse. Me voy olvidando de lo ale-daño. Me olvido de él probándose mis pantalones: ¡vas a des-coserlos! Me olvido de los árboles que intentó trepar cuando mi mano le sostuvo la camisa por detrás: ¡vas a caerte! ¡vas a romperte el alma!, dije, antes de que se subiera a un taxi y me dejara completamente sola.

Es un felpudo marrón contra el oleaje.
Corresponde que diga
lo que estoy dispuesta a hacer
para olvidarlo.

Tenemos invitados
¿no es momento?

Una suma elevada
no se tira sobre la mesa
así como así.

¿A qué guardar la melaza?
se echa a perder fácilmente.
Mi hermana la sacaba de la heladera
mientras dormíamos. Una noche la sorprendí y dijo:
sirve para los huesos.

¿A qué guardar el ticket de un hotel?
Después de todo, nadie va a reclamarlo.

Me llamó la atención su ropa interior oscura.
El elástico le marcó la cintura como culebrilla.
¡Que no se unan los extremos!, pensé.
Eso es preservar.
Recién ahora lo entiendo.

Mi amor almibara la calle.

Descarga latigazos sobre los paseantes:

¡no la miren!

Porque tuvo un caballo que le atascaba
el esternón de un solo galope.

Mi amor es una culebra.

Grita: ¡no a ella!

Después se convierte en bobina.

Estaba preparado. Antes de saber que él partía,
estaba preparado para algo grande.

Mi amor se compadece de sí mismo. Como el dolor, que no encuentra justificación fuera de su propio orbe, mi amor se compadece de las plumas que perdió. Mira a su alrededor: se mezclaron con hojas secas y envoltorios. Imposible distinguir los trabajos de mi amor. Anduvo sobre manubrios, imantó quillas, se adhirió a los peñascos. Pero está quieto, ahora, está empezando la labor de extinguirse. Veo nubes con la forma de un puente. Nubes rojas. Mañana será un día para que mi amor recapacite. *Rosso di sera, buon tempo si spera.*

Mi amor se derrumbó sobre las piedras
y ya no vuelve.

Cuantas veces amagué
triturarlo y lo mismo retrocedí
cuantas veces me esfumé
antes de sostener
un guinche.

Mi amor levantó polvareda,
pero no vuelve.

Se cierran los libros. Se cierran
los puertos, las puertas, las ventanas,
las editoriales. Se cierra mi boca y cada raíz
de mi pelo se cierra.

Mi amor estuvo demasiado cerca.
Pero no vuelve.

Arroyo Vega



*No es duro ni la soledad, nada ha sucedido y
mi sueño se alza y cae como siempre. Como
los días. Como la noche. Todo mi amor está
aquí y se ha quedado.*

RAÚL ZURITA

¿Qué se desplaza bajo mis pies?

El arroyo de olas blancas.

¿Hacia dónde se dirige?

Corre hacia tus treinta años: ciego.

Podríamos hacer esto de otra forma: despedirnos en el aura de los colegiales. Tener quince y acometer las cortezas con nuestros monogramas.

Lamento mi realidad. Escribir lo adecuado no es pertinente en estos casos. Sería mejor causar abultamientos en las prendas de los paseantes, ¿acaso no nos manejamos inhumanamente hoy?

Hagamos que el pasaje nos suponga primos. Nada nos compete más que estar emparentados. O esto: intentemos ser gemelos. Mañana habrá que montar el escenario, decidir qué palabras emplear y salir al ruedo. Mejor seamos siameses. Dos formas dispares unidas por las bocas.

Alguien con más edad que yo sabe que aquí hubo un arroyo pero yo lavé mis culpas en él una tarde y después monté mi bicicleta como una recién bautizada.

En tres oportunidades lo vadeé. Igual cantidad de veces la cólera timoneó mi barco. Tres también fue el número en que lo amé doblgando al resto.

En adelante sólo me queda negarlo. Está escrito. Es el Vega, me explicaron, el Vega que muere cerca de las rías.

Padre, vengo a suplicar a tus orillas.
Entre mulas y motociclistas,
vengo a tus orillas a alimentarme.

Me llaman roja, serpiente,
devoradora.

Y al constructor de tu extinción
lo llaman hombre.

Hombre solamente.

¿Dormís, Vega?

Yo también.

Mi brazo va a tientas entre zumbidos.
Pero el cilindro de tu fuerza
todo lo puede.

Palpo. Esa es mi tarea.
Memoria debías irte,
sin embargo te empeñaste.

Brazos de remero. Piernas de hulla.
Corazón,
¿dónde desembocaremos?

Vadeo la señal que sobrevivió
a tu fuga
cuando eras jinete y asaltabas
mi propiedad en la noche.

Ráfagas de memoria
me embisten
como puntas de espigones.

Con esta boca embebida en lo discreto puedo alimentarme.
Con esta boca puedo afluir el corazón donde yo quiera.

Pero no puedo regentear un hotel
ni ser más alta de lo que soy.

La espuma de tu axila se derrama sobre la funda.
Aliño la mandíbula para ingerir. Comprenderás:
estos naufragios reclaman objetos herméticos.

Algo te emparenta con mi primera bicicleta.
Tenía doce años. No llegaba a los pedales,
pero nadie iba a montarla antes que yo.
La guardé en el garaje hasta que crecí un poco.

Era rosa. Igual que el collar de tus encías.
Después le encinté el manubrio
para evitar que se oxidara.

Te veo llegar cansado. Vas a derrumbarte
como un ciervo de agua
¡Soy piloto de prueba! Mis muslos
adaptados a tu agenda se contraen
lentamente.

Me alisto a maniobrararte.
Prácticamente se nos fue el día, es verdad.
Dejemos que uno de los dos se ocupe
de conducirnos a buen puerto.

Baja los escalones de una construcción antigua.

No voy a hablar de ella. Todos lo hacen
y mejor de lo que yo podría.

Baja los escalones, calcula mi peso, me invita
a tomar cerveza. Siete de la tarde, hora en que los obreros
toman un baño helado. Vayamos, digo,
adonde no seamos lo que somos. Vayamos
a meter los pies en el cieno.

Su cuello es el pilote de un poema de Lowry.
Si estuviera con nosotros
seríamos tres los borrachos.

Pero él mira hacia atrás: su puesto de trabajo
que desaparece. Pide
que acerque mi oído a la boca del puma:

paremos acá, dice, paremos un rato.
Y se queda mirando.

¿Dormís, Vega? Mis padres duermen
en la esperanza de verme casada.

Grito a quienes deambulan por el parque
anudados como placas:
¡nidos de luz son sus axilas!

No duermas, Vega.
No mientras esté gritando.

Me llamarán roja, devoradora,
serpiente.

La que guarda el celibato hasta que vuelvas.

Son las diez de la mañana.
Cimientos de mí
se agolpan en los vagones.

¿Adónde llevan tus huesos,
Vega? Tu nuca que miré
mientras me acompañabas silencioso.

Sé que el nombre de tu padre
se pronunció en los mercados.
También sé que su mujer
cocinaba entre jeringas.

Todo lo que trajeron
se esfumó con ellos
menos su linaje
menos la gota blanca en las axilas
de su linaje.

Como pedradas
picando a intervalos pareados.

Hay que incinerar los libros.
Nunca devolverlos a su dueño:
abandonarlos a la buena de Dios.

¿Acaso desviarías tu curso para detenerme?
Seco quedará el empeine de las mujeres
el día que decidas detenerme.

La fuerza de tu cilindro todo lo puede.
Es más fuerte que el papel.

Que tu diámetro se lleve
todos los libros al mar.

¿Por qué bajo mis pies?

Porque del líquido proviene la mujer
y hacia él se dirige.

¿Cuándo seré Vega?

Cuando el último espejo pierda
su azogue.

¿Estamos cerca?

Cerca del bautismo y también del océano.

Mi madre decide detenerme.

Basta de incitar desbordes, dice.

No lo hostigues con tus piernas.

Suyo será el puerto cuando lo alcance

¿Qué cosa será tuya? Nada. Ni los árboles
que forman avenidas en la desembocadura.

Tiempo que se parece demasiado
al tiempo de la infancia. Chapuceaba en las cunetas
después de la lluvia, los pezones
como escamas empujando la camisa.

Todos me advertían y era lícito entonces.

No ahora, sobre el rodillo que arrastra mi zancada.
No encima de él, de la fuerza de su rodillo
que todo lo puede.

¿Dormís, Vega?

Porque vi que llevaban tus huesos por el aire
como mariposas de cal.

No duermas mientras esté gritando.

Posé mi pie en el cieno.

Mi pie de papel
que nadaba en tu boca.

Lo exilié de los lechos.
Lo llevé a los mercados para que deambulara
como un resucitado.

Sondeando el eco de tu padre.
Mi pie como un barco plegado por un chico.
Empinándose contra paltas y duraznos.

Se mueven como piedras. Tu padre y vos
son piedras pulverizadas.

Parte del sol vuela entre ustedes.
Parte somos, dijiste,
gemelos,
mi padre y yo.

Se sienta en el escalón. Sigue el trayecto de las llantas
¿a quién le suplico que no se vaya?
Mi chica se ha ido, mi chico también, recita,
desiertos de amor.

Sé de quién es la cita.
Desiertos de amor.

Llueve. Las ruedas son
pasillos cóncavos.

Los hombres que hundiría por él,
los libros que hundiría.

¿A quién le suplico que no se vaya?
Desiertos de amor.

¿Dormís, Vega?

Porque soñé que me regresaban tus huesos.
Los tiraban como balones sobre el agua.

Grité: no así. Guárdense de voltear
sus libros en el río. Guárdense
de la saña de una mujer pelirroja.

Y los tiraban igual.

Me desperté para contarle pero
he vuelto a dormirme.

Mi cama avanza
bajo la arcada del sueño.

Toco el elástico de tu axila
en los desagües.
Pero me acuesto junto a una roca.

Yo que puedo afluir el corazón donde quiera
y adiestrar mi boca en la discreción,
no consigo dormirme.

Esta noche tendrá cien hermanas
idénticas hasta que vuelvas.

Gemelos, dijiste.
Gemelas.

Insté a los que te hundieron
a no enfrentarse conmigo. Arquitectos, pintores:
ninguno es bueno para derribarme.

Porque a nadie temo más que a mí.

Guárdense de las mujeres delgadas;
de los que prestan sus libros;
de los adeptos a las invenciones.

Y de la furia de una pelirroja,
porque a nadie temen
más que a ellas mismas.

Tantas cosas podría disculparte. Sólo ésta querés:
que no puedas acompañarme hoy. Llego a salvo
a los estacionamientos. Miro hacia atrás: tus pantalones
se difuminan con la presteza de un galgo. Así y todo
recuerdo haberlos visto vacíos, en el suelo, con el alma
de las rodillas incitando elevaciones y nosotros, quién sabe
por qué, asestando pinchazos al tiro al blanco de la cama.

Te levantaste. Escudos contra el ocio pendían de tu cintura
y frente al espejo nuestra imagen se duplicaba
bajo la forma de acorazados bicolores. La iconografía
de un signo zodiacal de caras opuestas.

No te preocupes. Estaba preparada antes de que llegaras;
sigo estándolo a pesar de la prestidigitación de tus prendas.
También las zapatillas se disiparon, y junto con ellas, el cinturón,
la nuca. Después, será igual esta tarde a todas las tardes.
Iré adonde tenga que ir. Cenaré con quien quiera. Mientras,
el animal de la muchedumbre se ocupará de engullirte
como a un pez separado de su gemelo.

Tu padre teme por vos, así oí, y viaja para verte.
Cuando llega pide dinero prestado,
palmea a tu hijo y se vuelve.

Levantaste las cejas, abrochaste papeles
y pasaron los días sin que él supiera
que pensabas meterte en el río
y abandonarlo todo.

Tu padre fue bueno con las manos.
Corrigió sus vicios y se convirtió.
Ahora ronda la puerta de un bar como si cortejara
a una mujer demasiado joven.

Pero una tarde subió al tinglado y predicó
igual que un vidente. Ese es Dios, oí decir que pensaste,
y esa reflexión te acompañó
hasta tus veinte años de una forma inexplicable.

Es hora de que lo cargues sobre tus hombros.

Porque no sabemos qué plazo nos fue concedido,
cuándo seremos nosotros
los débiles, los menesterosos.

Te duchabas. La luz del baño
rebotó en tus axilas de cebra.
Quise llorar sobre la ropa
como una colegiala.

Para vos, aunque repitas que somos
espontáneos,
estos asuntos funcionan
igual que un lavadero.

Recojo las toallas que tiraste al piso.
¿Quién va a lavarlas?, pregunto.
Me siento una camarera.
Una cleptómana.

La gota que colmará el vaso
de los reproches consagrados
a tu demorado retorno.

Vibra tu rótula en mi garganta
como un balón de madera.

Dormir es confesar y ser absuelto.

A medianoche me caso con tu rótula.
Respondo sí a todo. Uno a uno tus huesos
hacen las veces de novio.

A las tres de la mañana soy toda una señora.

A las nueve,
la misma aturdida de siempre
que cursa la treintena.

¿Dormís, Vega? Tus huesos
que zapatearon sobre un avión
pasaron a tres cuerdas de mi casa
revueltos en el arroyo entubado de cemento.
Tus huesos que me estacan el sueño
como una carpa de expedicionarios franceses,
marchan en caravanas blancas.

Lo único blanco que tenés, Vega,
son tus huesos.

Después, puro marrón de serpiente de agua.
Juncos que corren igual que las bolsas hacia el mar.
Dormidos, tus huesos de cal, listos para irse al fondo
del tumulto generalizado.

Salvo por mi memoria, que los recoge cada vez que puede.

Con esta boca embebida en lo discreto puedo alimentarme.
También puedo tragar agua y dejarme revolcar por las olas.

Estás lejos. Salgo de mi casa para verte duplicado en otros,
pero soy blanco de mil imprecaciones.

No estoy dispuesta a recibir agujones. Cargo mi mochila,
me pongo los auriculares. En la feria un vendedor de anillos
está vestido de azul. Te imagino entrando al mar.
El abdomen como una quilla de cedro. Todos tienen algo
parecido a vos. Recuerdo tu remera, tus pantalones en el suelo.
Lo último que dijiste: estás lista para enamorarte,
y un camión que calló todo a nuestro alrededor y nos dejó
completamente solos, de antemano.

Cruzo de un tranco tu punta.
Mi pollera ondea como un banderín
en el centro del tornado.

Nada tiene exclusividad en mí.
Los días se mueven igual
que veleros de piedra.

Suele pasarme.
Hay que alejarse del agua,
aconseja mi madre.

Y yo agregó: también
de los hombres casados.

Como mínimo voy a asegurarle
a mi hijo que te conocí.

Si se resiste a creerme,
exhibiré
una hebra curva y oscura:
lo que decías cuando decías
que no ibas a abandonarme
apoyando tu boca en el cardumen
enloquecido de mi vientre.

¿Dormís, Vega?

Yo también, en el parque,
junto al forastero.
Un perro le orina los zapatos.
Parecidos a los tuyos: el líquido
y el calzado, Vega, se te parecen.

Decís que es tu padre. El mismo que levantó
su voz contra los incrédulos y después
viajó a tu casa a pedir limosna.

Enjuagaste sus pies. Enjuagaste los míos,
por lo tanto, tu tarea es mejorar.

La mía decir:
que el hombre no ose dividir
lo que Dios ha unido.

Cada vez que te cruzo
alzo mi pollera
por si son los días.

No me incumbe otro hombre.
Sólo en tu fuerza
me revuelco como un búfalo.

Nuestros hijos
olvidados en el baño
luego del test infalible

¿qué hice de ellos?

arroyos inmaduros
de hueso y semen.

La grúa de la separación
merodea mi casa.

¿Estás segura de que funciona?,
pregunta mi amiga,
a veces
los aparatos nos arrojan sus redes.

Voy hacia el tubo cantando: do, re, mi.
Levanto y un la continuado
me abolla instantáneamente
de la cabeza a los pies.

Pretendí ajustarme a reglas varoniles.

Le pregunté si deseaba
que tuviéramos hijos: por supuesto,
respondió, el ensayo suele ser
un cometido sencillo.

Me siento como una carpa
armada por principiantes.
La ventisca más débil
me cimbrea hasta los pies.

Si fuera mano me abofetearía.

Mis pies van a la carrera. Buena sería esa rama
para un bastón.

Porque la vejez no tarda en llegar.
Se acuesta junto a mí: estás sola, juzga,
tu hombre se ha ido, tu hijo también,
desiertos de amor.

Sé de quién es la cita.
Desiertos de amor.

Estiro mi brazo hasta lo imposible.
Una zambullida no me vendría mal.
Porque mi hombre se ha ido, mi hijo también.

Memoria debías irte con ellos,
pero te quedaste.
Desiertos de amor.

Callamos. Lo que pasó hace minutos
resulta desproporcionado en este contexto.
Somos una manta ceñida al banco de la plaza.
Ante los solitarios frequentadores
de esta clase de espectáculos somos
un buque cuya quilla se desprendía
a intervalos constantes.

Callamos porque uno parte y el otro se queda.

Es lo mejor en estos casos. Uno parte.
El otro, al azar, corta un mazo de cartas y deposita
su confianza en dos cúmulos.

Pero eso ocurrirá recién mañana, cuando
el barrendero, cumpliendo sus tareas,
mezcle el producto de nuestro amor
con hojas secas y envoltorios vacíos.

Un tallo ondea en tu lomo.
Más le hubiera valido
ser esterilla.

¡Cuánto se echa a perder por montarte!

Valijas a ambos lados de la puerta.
Él parte como padre, esposo,
amante.

Quién sabe en qué estado lo devolverá
un vuelo futuro e incierto.

¿Dormís, Vega? Yo no.
Veo fémures terminados en
ladrillo
con los que me magullaste
dando puntapiés de ladrillo, me magullaste
incontables noches.

No duermas, Vega,
no mientras grito
y hundo libros y corazones
de expedicionarios.

Enhebro un collar para vendérselo
a tu padre. Me pulverizo junto a él.

Gemelos, dijiste,
¿percibís nuestra polvareda
del otro lado del océano?

● **Cecilia Romana**

Buenos Aires, 1975

Es licenciada en Artes y Ciencias del Teatro. Su primer libro, *Flota, hangares y otros trabajos mecánicos*, fue publicado en Córdoba por ediciones del Copista en 2004; el segundo, *Duelo*, que escribió junto a Mercedes Araujo y Carolina Esses, fue editado en Buenos Aires por Ediciones en Danza en 2005. Suele colaborar en las revistas *Fénix* (Córdoba), *Hablar de poesía* (Buenos Aires), *El Hipocampo* (Sevilla), *Voz Otra* (México) y *Clarín* (Oviedo) y es secretaria de *Epimelia. Revista de Estudios sobre la Tradición*, que edita el Departamento de Filosofía de la Universidad Argentina J. F. Kennedy. Su libro *Aviso de obra*, de 2006, mereció el VIII Premio de Poesía Iberoamericana Sor Juana Inés de la Cruz. Es editora del sello Sigamos enamoradas, cuyo primer título, *Hotel Quequén, poesía*, fue curado por ella.

No lo conozcas
se terminó de imprimir
en marzo de 2007 en Talleres Gráficos,
en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Los interiores se tiraron sobre couché mate
de 90 grs y la portada sobre cartulina couché
de 169 kg. En su composición tipográfica
se utilizó la familia Cantoria MT.
Se imprimieron mil ejemplares.

